

## YA TENEMOS DOS HIJOS

MERCEDES DE LA ROSA

Cuando me invitaron a que compartiera con vosotros nuestra experiencia de padres adoptivos, me pasé largo rato pensando cómo podía hacerlos llegar una vivencia tan vital y tan íntima al mismo tiempo y, finalmente, llegué a la conclusión de que, contando simplemente los hechos, los sentimientos y las vivencias saldrían solos.

Vivíamos, entonces, fuera e Madrid y llevábamos dieciséis años casados, dieciséis maravillosos años dedicados al crecimiento interior y al exterior a través de un apostolado activo y diverso, cuando tuvimos que venirnos a Madrid, esta macrociudad. Esto representó un alto en nuestra marcha de siempre, a la vez que una oportunidad de reflexión y replanteamiento de nuestra vida.

Nos dimos cuenta, entonces, de que nos hallábamos en un momento crucial. Durante años habíamos compartido con los demás nuestro tiempo, nuestros carismas, nuestro amor, pero, salvo en algunas ocasiones, de forma poco comprometedora.

De repente, nos dimos cuenta de que la forma más plena, más integral y más comprometida de compartir es la que se ejerce con los hijos; de repente, como un torrente, se nos vino encima la necesidad de hacer crecer nuestro amor en esa dirección; se nos vino encima el ansia de que otro ser humano, un pequeño ser humano, nos hiciera el regalo de poder experimentar otra dimensión del amor. Y así, con pocas dificultades, ésa es la verdad, nuestro hijo llegó a nuestra vida.

Esa personilla puso en pie nuestros instintos más profundos y hermosos; él nos hizo, efectivamente, el regalo de experimentar el amor completo y entero; él nos dio la oportunidad de hacer crecer y fructificar nuestro amor; finalmente, nos hizo experimentar en carne propia aquello de que "no hay mayor amor que el de dar la vida por los demás".

A los cuatro años y medio, pensamos que nuestra familia se podía estirar un poco más, nuestro hijo lo necesitaba y nosotros también, así es que nos pusimos en marcha y, esta vez, llegó una hija a nuestra vida (el hecho de que fuera niña fue completamente casual).

Mientras esperábamos su llegada, nos planteamos el decirle la verdad a nuestro hijo. Aprovechando la aparición de la hermanita, podíamos explicarle mejor su propia existencia en nuestra vida.

Aquí sí que me cuesta compartir con vosotros, aunque pienso que mi experiencia puede ayudar a alguien que se encuentre en la misma situación.

Ocurrió que me dejé atrapar por el miedo y la angustia. ¿Cómo decirle a un niño de cuatro años y medio que va a tener una hermanita que no es de la barriguita de mamá, como tampoco él lo es? Por un lado trataba de escapar desesperadamente de eso, aunque, por otro, sabía que la verdad dicha desde el primer momento, aun antes de que el niño pueda entenderlo, es el único camino para evitar dolores y complicaciones innecesarias más adelante. Esto me decía mi razón y mi conocimiento, a nivel intelectual, y, sin embargo, mi corazón se partía en dos. Me angustiaba el dolor que pudiera causarle y no sabía qué hacer frente a mi propio dolor. ¡Oh, Dios mío! ¿No será mejor callar hasta que sea un hombre?, me decía una y otra vez, tratando de escapar de ese momento que no terminaba de asumir, y así, sin asumirlo en mi corazón, sino tan sólo a nivel intelectual y pedagógico, respiré hondo, me puse en manos de Dios, me armé de valor e hice lo que tenía que hacer. Hoy sé que no terminé de hacerlo bien del todo, que tenía que haber esperado hasta que no quedara en mí rastro alguno de angustia, porque nadie puede dar lo que no tiene, pero aquello que tiene se transmite, aun a nuestro pesar.

Fueron días de prueba y sufrimiento que nos prepararon para hacerlo bien, con alegría y con entereza en la segunda ocasión, esta vez con nuestra hija.

Podéis creerme: así como mi angustia y mi problema no resuelto, de alguna forma, se lo transmití a mi hijo, en esta ocasión, fui capaz de transmitir lo que tenía: paz, alegría, naturalidad y aceptación plena de las características de mi verdadero papel, de nuestro verdadero papel.

Y así, comenzamos la aventura de criarlos y educarlos, con las mismas dificultades que los demás padres, en cuanto a las cargas físicas y económicas y alguna más en otros aspectos.

Económicamente..., tuve que ponerme a trabajar. Un día, me di cuenta de que mi pequeña se resentía, me echaba de menos, me necesitaba y me mandaba mensajes angustiosos. Un mes tardé en resolver el conflicto; me di cuenta de que la posibilidad de trabajar siempre estaba ahí, en una cosa o en otra, mientras yo estuviera, pero la infancia de mi hija no. Así es que dejé de trabajar sin pena: sólo hubo que apretarse un poco más el cinturón.

En cuanto a otros aspectos, sabíamos perfectamente qué queríamos y qué no queríamos. Queríamos "educar", no "domar"; queríamos enseñar a nuestros hijos a ser autónomos, responsables y libres, con arreglo a su edad en cada momento, porque la autonomía, la responsabilidad y la libertad interior frente al mundo no se puede improvisar de repente, a los dieciocho o veinte años, porque a nosotros los padres no convenga tras esos mismos años de educar en una dependencia atroz.

Educar así se hace menos cómodo, te obliga a estar alerta, a crear nuevos caminos, a dar respuestas y, fundamentalmente, a que ellos se las den y encuentren sus propios caminos, equivocándose y aprendiendo a elegir y a rectificar. Educar así supone hacerlos entender que los hijos no nos fallan nunca a los padres, porque el amor de los padres es incondicional y no "necesita" respuesta y que, si fallan, se fallan a ellos mismos. ¿Qué más podría decirnos? Nuestra esperanza está en ellos viva y operante.

Han pasado los años. Nuestro hijo tiene dieciocho y es un hermoso hombretón de más de 1,90; nuestra hija va a cumplir catorce y es un maravilloso proyecto de mujer, dulce y con personalidad. El paso de los años nos ha demostrado y nos sigue demostrando que no estábamos equivocados y que el riesgo merecía la pena.

¿Cómo podría resumir esta etapa de nuestra vida? Pues como una aventura maravillosa, gozosa, "viva". Ellos, nuestros hijos, han dado a nuestra existencia una dimensión distinta, grande, cálida; ellos han transformado nuestra vida y la visión que teníamos de ella; ellos son el testimonio vivo de que los únicos lazos que unen, acercan y transforman son los del amor. Esto es, sobre todo, lo que nos gustaría haber hecho llegar a su conciencia: que el amor está por encima de cualquier regla, de cualquier acción, de cualquier fin o meta, de cualquier idea o filosofía; que el amor es lo único que perdura a través de los años, lo único que construye al ser humano, y que *amor* es de lo único que nos vamos a sentir deficitarios o complejos el día en que, ante el *Amor Absoluto*, repasemos nuestra vida.

Me gustaría que este testimonio que comparto con vosotros sea una acción de gracias a mis hijos por estar en nuestra vida, a Dios por haberlo permitido y a sus madres biológicas, porque su renuncia y su sacrificio han hecho posible nuestra experiencia vital. Y si a alguien que esté leyendo esto, le dice algo nuestra experiencia, los anima a hacer lo mismo o les despeja alguna duda, nos sentiremos aun más felices.

Comparto con vosotros un poema que refleja muy bien mi experiencia de hace años.

Hijo,  
 hoy, por fin, me he liberado  
 de una pesada carga  
 y te he dicho muy bajo,  
 mirándote y besándote  
 con mis labios de carne  
 ateridos de miedo,  
 algo que me quemaba  
 la garganta y el alma,  
 alma que, como un pájaro  
 herido y agotado,  
 se ha vaciado entera  
 y se ha quedado inerte  
 al raso de la angustia,  
 sin techo y sin frontera,  
 y ha navegado sola  
 por una torrencera  
 de palabras calientes,  
 como un barco sin velas,  
 gaviota sin playas,  
 marinero de tierra;  
 de golpe, todas esas palabras  
 como alondras del miedo,  
 han estallado  
 con fuerza en mi garganta  
 y se han vuelto sirenas  
 anunciando el viaje.  
 Hijo...  
 No ha sido este mi vientre

palpitante y estéril,  
 el que ha tenido el gozo  
 de poder engendrarte,  
 ni ha sido esta mi sangre  
 tu alimento primero  
 ni mi aliento el refugio  
 donde poder formarte.  
 Hijo...  
 No ha sido la ternura  
 de tu padre y la mía  
 la que ha esculpido un cuerpo  
 que poder entregarte....  
 pero sí que hemos sido  
 tus amantes primeros,  
 dos cerebros y un alma  
 con que poder soñarte.  
 Hemos sido, hijo mío,  
 como una tierra hambrienta  
 fresca y reverdecida  
 con tu dulce presencia  
 como un canto de aurora,  
 como una amanecida  
 que se cubre de flores  
 en cada primavera.  
 Hemos sido, hijo mío,  
 ancla para tu vida  
 el tronco que tu rama  
 ha enraizado en la tierra  
 pies para sostenerte,

manos para cuidarte,  
voz para defenderte  
y corazón para amarte.  
Entonces ha ocurrido  
que tu boca de niño  
ha enjugado mi miedo,

que toda tu ternura,  
volcada en un abrazo,  
ha borrado mi angustia  
y tu voz, como un beso  
dulcísimo, ha susurrado apenas:  
"mamaíta, te quiero".